

El dolor, la culpa, el arte... ¿redentor?

LAS dos últimas frases de *El color y la herida* –y, al mencionarlás, no se desvela nada ni de la trama ni del final de la novela– se quedan flotando en la mente del lector. El final relata un coloquio improvisado sobre un cuadro de un pintor ya fallecido, tras las investigaciones realizadas por un equipo de expertos sobre los posibles significados de su última e inquietante obra y sus presuntas relaciones con la historia reciente de su país. En ese coloquio, que surge tras una rueda de prensa, alguien dice: «A lo mejor hay que seguir intentándolo. Me niego a pensar que no tenemos remedio».

La frase con tintes esperanzadores se queda flotando en el aire de un tiempo en el que las guerras, las que ocupan el primer plano de la actualidad y las que siguen tiñendo de crueldad olvidada el mapa del mundo, nos hacen cuestionar la capacidad de aprendizaje del ser humano. En especial, en el tiempo de este libro, el llamado «conflicto» de Gaza, es decir, el exterminio progresivo de la población palestina a manos de Israel, conecta de una manera no buscada por la autora, y por la ironía a veces terrible de la historia, con ese otro holocausto que antes y durante la Segunda Guerra Mundial sufrió el pueblo judío y en

cuyas consecuencias posteriores se centra la narración.

¿Tenemos remedio?

Al arte en general y a una novela en particular no se les pide que se comprometan con tales o cuales valores, ni que expliquen la historia, ni siquiera que arrojen luz sobre la forma en que la humanidad afronta su devenir, pero ocurre que a veces lo hacen. Y si esto sucede sin que la obra de arte en general y la novela en particular sufran en sus cualidades formales y estéticas el resultado tendrá un plus de significado, algo así como el valor añadido.

Todas estas reflexiones vienen a mi cabeza tras la lectura y relectura de la última novela de Rebeca García Nieto, escritora y traductora de notable trayectoria. Con su primera novela, *Historia de una mirada*, fue finalista en el 58 Premio Ateneo Ciudad de Valladolid. Después llegaron *Eric*, *Las siete vidas del cangrejo* y *Los que callan*, novela coral ambientada en la España reciente que, junto a temas del momento como los abusos laborales o el racismo, planteaba el de la discapacidad intelectual a través de Toni, su protagonista.

No le tiembla el pulso a esta doctora en Psicología Clínica a la hora de abordar lo que será el tema central alrededor del cual contará una

historia, por difícil o espinoso que sea el asunto. En este caso, *El color y la herida* se sitúa en la Alemania posterior al fin de la guerra, en la Alemania dividida pero también en la Alemania presuntamente reunificada tras la caída del muro, un periodo este menos abordado en la literatura. La división física y mental de un pueblo la ejemplifica en dos hermanos, ambos nacidos en la antigua RDA: el pintor Rüdiger Keller, que pronto huye a la República Federal y se instala en el Berlín Occidental, y su hermana Erika que permanece en el lado socialista hasta bastante tiempo después de la caída del muro, en lo que será una aparente y solo física «reunificación» fraternal.

La historia, estructurada en saltos temporales, comienza con un Rüdiger ya viejo y caído en desgracia por unas declaraciones políticamente incorrectas sobre el asunto de la cancelación de los artistas por su comportamiento público y enfrentado a la que será su última exposición. Está ante un lienzo vacío con la única compañía del perro que ha «heredado» de su hermana recientemente fallecida. Una visión familiar le hará tratar de aprobar con el pincel la asignatura pendiente de su vida. Como tantos otros compatriotas, Keller ha huido no solo física sino también mentalmente de un pasado demasiado doloroso como para mirarlo de frente. Como tantos otros compatriotas, se negó a ver lo que tenía ante sus propios ojos. Y ahora está dispuesto a repararlo si es que eso fuera posible,

o a perdonarse a sí mismo, o a redimir su culpa, a través de lo que sabe hacer: pintar.

Se sabe que las guerras no acaban con el alto el fuego, ni el cese de la violencia. Que las heridas permanecen durante décadas sobre todo si se cierran en falso. Que la vida de las generaciones que incluso no asistieron en directo a la contienda quedará marcada por ella. De todo ello trata *El color y la herida*, de la culpa privada y colectiva, de la redención, del olvido consciente o inconsciente, del papel del arte como despertador de conciencias... Y lo hace sin obligar al lector a mirar desde un único punto de vista. Por el contrario, las distintas opiniones antes los temas que se van planteando quedan expuestas a través del diálogo e incluso de los silencios de sus protagonistas. En particular, a través de las cartas que se cruzan el pintor y un antiguo profesor, Bruno Bayer, titular de Psicoanálisis y Teoría de la Cultura, cuyas clases persiguiendo una mirada libre de sus alumnos sobre las obras de arte le complicarán la vida académica.

Estamos ante la novela más ambiciosa y al mismo tiempo más lograda de su autora. También la más compleja. Con la que ha dado un salto cualitativo en su trayectoria, tanto desde el punto de vista de la estructura como del lenguaje. Destaca la labor de documentación realizada para situar de forma adecuada el contexto de la historia. Alemania, su literatura —ahí está como ejemplo

la biografía *Herta Müller. Una escritora con el pelo corto*, que escribió sobre la vida y obra de la premio Nobel de 2009, o alguno de los cuentos que conforman *Las siete vidas del cangrejo*—siempre le ha interesado a esta autora. Pero la documentación, a veces sobre aspectos cotidianos del tiempo en que se desarrolla la historia, no abruma al lector con datos, sino que abre ventanas para que transite si es su gusto por los distintos caminos que ofrece esta poliédrica narración.

Es significativo el repaso que hace de importantes obras de arte y de sus autores cuando vienen al caso

de lo narrado. Por sus páginas desfilan Kiefer, Bacon, Richter, el perro de Goya, el papel —nefasto a juicio de uno de los interlocutores— del psicoanálisis en las obras de arte... Y también algunos de los autores más queridos por García Nieto, como Thomas Pynchon y sobre todo Nabokov.

El color y la herida es un disfrute literario y, al tiempo, una oportunidad para la reflexión. —ANGÉLICA TANARRO.

Rebeca García Nieto, *El color y la herida*, Madrid, De Conatus, 2025.

Espejo de la sociedad actual

GEMMA Pellicer (Barcelona, 1972) va completando su trayectoria en la literatura española actual como crítica literaria en las revistas *Quimera* y *Turia*, investigadora sobre el cuento y el microrrelato, y autora de relatos y minicuentos incluidos en antologías de estos géneros narrativos. Es autora de dos libros de microrrelatos, *La danza de las horas* (2012) y *Maleza viva* (2016), más otro de aforismos: *Medidas extremas* (2021). Y ha hecho su primera incursión en la novela: *Mar de fondo* (2025), una *nouvelle* en la que se calibran las exigentes medidas requeridas por esta modalidad narrativa en su ajustada dimen-

sión. Su diseño externo está formado por 46 capítulos de corta extensión y cada uno con un título que se refiere o alude al personaje destacado, bien por su nombre, bien por el cargo u oficio que desempeña («El chef», «El gerente», «El auditor»), o que anticipa temas o actitudes («El fallo», «A sangre fría»); y a veces se busca realzar títulos por medio de juegos de palabras que dan lugar al oxímoron («Vacíos por llenar», «Llenos de vacío»).

Los títulos son obra del narrador omnisciente que, para mayor verdad narrativa, renuncia a sus demás poderes cediendo la voz y la visión a los personajes destacados en cada